

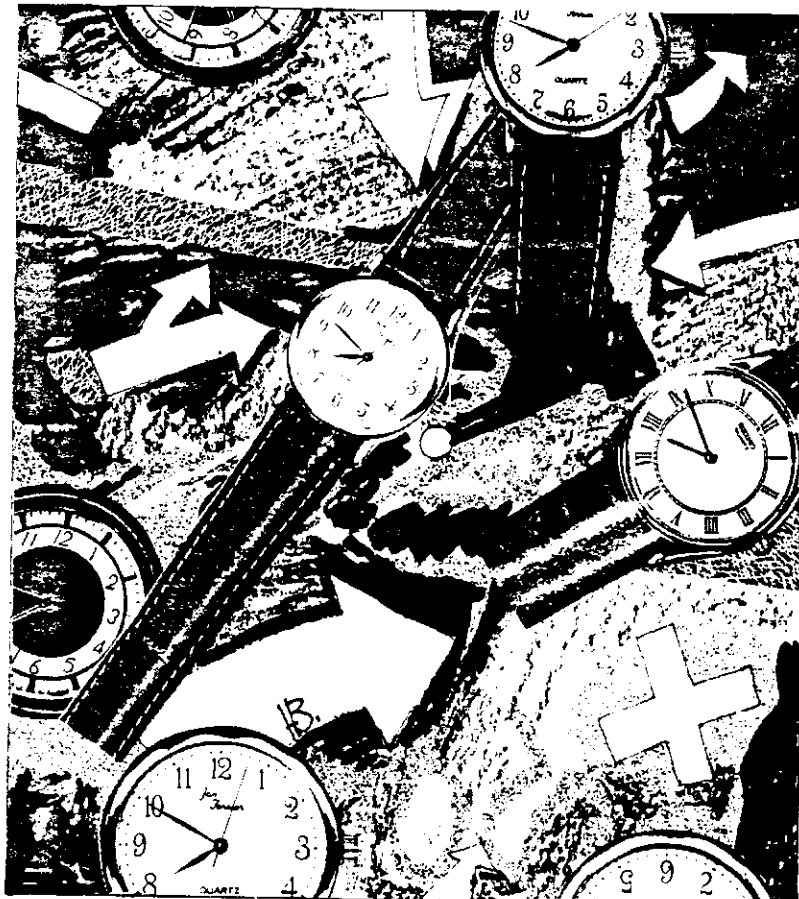
DAVID ANISI

Frustrados, apresurados y ociosos

A HORA, cuando buena parte de nosotros hemos leído el libro de Hawking, podemos hablar de las tres flechas del tiempo —termodinámico, psicológico y cosmológico— sin que resulte una pedantería. Parece que las tres marcan una dirección coincidente, y podemos decir que ese tiempo fluye en una dirección porque somos conscientes de que el simple paso del tiempo hace que un libro abandonado se transforme en polvo y moho mientras que nunca ocurre lo contrario; porque somos conscientes de que podemos recordar el pasado e imaginar el futuro, pero no al revés; y porque dicen que el universo se expande y no se contrae.

Hay una cuarta flecha temporal que es la que proporciona sentido a nuestras vidas. Es el sentido que asignamos al tiempo que nos tocó vivir. El eterno preguntar: ¿Quiénes somos, de dónde venimos, a dónde vamos?

No conozco las respuestas, e incluso sé que la formulación sincera de tales preguntas se corresponde con una situación intelectual que no todos alcanzamos. Lo que sí sé es que desde el nacimiento nos rodeamos de personas y cosas y vamos captando las profundas relaciones que existen entre ellas. La conciencia de la jerarquía, el deseo de afecto y el temor al miedo quizá configuren desde el comienzo nuestras vidas; y ahí están las cosas que marcan las posiciones de poder, las muestras de cariño, los conjuros contra el terror; ahí están las cosas con su triple dimensión posicional, emocional y mágica para, al aferrarnos a ellas, proporcionar un sentido a la vida.



No tiene tiempo para leer ni para nada, ni puede disfrutar la casa de sus suecos que al final adquirió. Los niños son unos extraños y con la mujer intercambia cuatro o cinco frases por teléfono.

Ya no puede comer donde antes, y ahora se toma —y le sale más caro— en el mostrador de una cafetería una comida rápida compuesta de porquerías rápidas.

Ya no ve desde allí a aquel hombre apresurado que recogía cartones como si en eso le fuera la vida. Le ha visto, eso sí, sentado cantando en la esquina mientras pasan las horas. Por un momento se han cruzado sus miradas. "Habría que acabar con estos vagos", piensa, y luego recapacita. "Puerco mundo", mientras apura rápidamente la copa. Y luego sueña: "Si el día tuviera treinta horas todo podría seguir como antes". Y termina convenciéndose mientras le invade ya el tedio, aburrimiento y cansancio de la tarde que le espera: "Lo importante es mantener la dignidad".

La frustración del consumo

Le termino de leer estas cosas al pequeño ser que vive conmigo mientras el sol empieza a caer por los tejados. Tenemos una terraza con flores un poco mustias y una manguera para mojarlas. Como parece que no se ha aburrido mucho, continúo:

"En esencia, el problema de ambos se reduce a la falta de tiempo. Dada una productividad del trabajo (unidades obtenidas por hora de esfuerzo), y una intensidad del consumo (unidades consumidas por hora), conocido el valor de la propensión a consumir y el grado de incompatibilidad existente entre las actividades de producción y consumo, puede ocurrir que sea la escasez de tiempo lo que impida acceder al nivel deseado de consumo.

Claro que, más matizadamente, podíamos decir que el primer individuo no tiene tiempo para poder trabajar todo lo que desea, y por ello, al renunciar a ese nivel de consumo deseado pasa a una situación forzada de desocupación voluntaria, mientras que el segundo trata de no renunciar al nivel deseado utilizando técnicas de consumo más intensivas en bienes, llegando al fin a una situación en la que no tiene tiempo para disfrutar todo lo que ha conseguido.

Tratando de este problema, los economistas serios...

"Oye, tú —me interrumpes— ¿quiénes son aquí los economistas serios?". "Los que no sonríen nunca", le respondo. "Pobrecitos", me dice, sinceramente preocupado por ellos. "Pobrecitos" —insiste— ¿no se rien nunca?". "Yo no he dicho eso —le digo—; sólo he dicho que no sonríen; reirse creo que lo hacen mucho cuando nadie les ve". "Y tú crees —me interroga desviándose ya hacia otro tema— que nosotros somos frustrados, apresurados u ociosos". "Yo lo que creo —le digo para que me deje en paz— es que somos vacas". Le veo desconcertado y aprovecho: "Venga majadero, vamos a ver qué cenamos". Y olvidándolo todo me mira ilusionado: "Eso, eso, vamos a ver qué cenamos".

David Anisi es profesor de Teoría Económica en la UAM.

Pautas de consumo

Es difícil explicar el por qué de las cosas. Pero las cosas están ahí. Poco sabemos sobre el origen de la jerarquía, pero ahí están sus símbolos: desde los vestidos y mansiones de los poderosos a los instrumentos de afeitarse y el tabaco del padre. Poco sabemos del amor, pero ahí están sus símbolos: lo mejor para los que queremos, casa, comida, diversión, juguetes... Poco sabemos del miedo, pero también andan por ahí las cosas que lo conjuran. Cosas, cosas, siempre cosas.

Excepto en los casos límite, el consumo no responde, sino sólo miminamente, a una necesidad fisiológica. Responde a un sentido que, imitando, imaginando, errando..., tratamos de dar a nuestro tiempo.

Pero el propio tiempo, limitado, se encarga de declarar coherentes o incoherentes nuestros planes. El consumo requiere tiempo. Y lo requiere en una doble dimensión. Por una parte necesitamos tiempo para obtener los bienes deseados y por otra, los propios actos de consumo exigen un tiempo a ellos dedicado.

El pobre ocioso

Hubo una vez un hombre que no se desesperó cuando acabaron definitivamente todas las prórrogas del seguro de desempleo. "Lo importante —se dijo— es mantener la dignidad". Como estaba solo no tuvo que hacer muchos cálculos: sumando lo que debería pagar en una pensión para cenar, dormir y que le mantuvieran limpia la ropa; lo que costaba un café para desayunar y un bocadi-

llo y una botella de vino para comer, llegó a la conclusión de que podía conseguirlo recogiendo cartones por la calle. Pero no iba a ser fácil. Quitando las diez horas que se pasaría cenando y durmiendo, las otras catorce le tendría que dedicar enteras a la búsqueda y recolección.

Por ello, mientras que arrastra el carrito y rebusca en las papeletas, va mordisqueando el bocadillo y pegando tragos de la botella. Al llegar a una esquina particularmente bien surtida de cartones siempre se fija, con algo de envidia y mientras no cesa en su ajetreado trajinar, en un hombrecillo tranquilo que, apaciblemente, termina su almuerzo sentado en la mesa de una vieja, barata y buena casa de comidas.

Pero un día le dicen en la pensión algo de que los alquileres, el precio de los pisos, el usted comprenderá..., total, que tendrá que pagar más por lo mismo. Los cálculos son rápidos: ahora tendría que trabajar por lo menos durante seis horas más, y eso significaría que sólo podría dedicar a cenar y a dormir cuatro horas al día. Piensa que quizá debería dejar lo de los cartones y ponerse a trapichear o comprarse una navaja. Pero se repite: "Lo importante es mantener la dignidad". Deja la pensión, su cena y su ropa limpia, y ahora —porque con sólo seis horas de recogida de cartones puede obtener unos bocadillos y varias botellas de vino— se pasa 18 horas de su tiempo sentado, o echado, borracho, en su esquina favorita.

Ya no ve desde allí al hombrecillo tranquilo que terminaba feliz su comida. Le ha visto, eso

si, comer de pie en el mostrador de la cafetería de al lado, sudoroso y mirando continuamente el reloj. Viéndolo tan apresurado como él lo estaba antes, le compadece. "Puerco mundo", musita mientras da un profundo trago. Y luego sueña: "Si el día tuviera treinta horas todo podría seguir como antes". Y termina, convenciéndose mientras ya le invade el sopor: "Lo importante es mantener la dignidad".

El hombrecillo apresurado

Por la noche le dolían los pies y tenía agujetas en los músculos de la cara al haber visitado, siempre sonriente y afable, a tantos clientes. Pero nunca se quejaba: "Lo importante —se decía— es mantener la dignidad". No le iban mal las cosas; un mes por otro sacaba lo suficiente como para mantener de forma adecuada a los suyos y ahorrar algo para comprarse pronto una casa decente. Además, con tranquilidad: tenía tiempo para leer y ver películas, para disfrutar de los fines de semana en el chalecillo alquilado de la sierra, para jugar a piratas con sus hijos y para hacer el amor sin prisas con aquella su mujer de la que permanecía enamorado.

Por si esto fuera poco había encontrado para los días de trabajo una buena casa de comidas en la que todos parecían manejar el secreto del tiempo. El menú que ofrecían había requerido tiempo: tiempo para hacer unas buenas judías o un cocido, tiempo para asar la carne, tiempo para envejecer lo suficiente un buen vino o para curar lentamente un jamón...

Era bueno, barato, y nadie quería echarle de la mesa cuando, para acabar, terminaba su purito saboreando una copa de licor.

En aquellos momentos suaves, tras la comida, sólo una cosa turbaba su placidez. En la acera de enfrente, un pobre apresurado recogía cartones mientras que mordía de vez en cuando un bocadillo y daba un trago de una botella. Le miraba, alejándose rápido, y algo en él se compadecía.

Cuando oyo lo de la liberalización de los alquileres empezó a preocuparse. Decían que el objetivo era la reducción del precio y sonrió tristemente. Recordó aquellos tiempos —también él tenía la carrera de Económicas— en que le habían suspendido por confundir la oferta y la cantidad ofrecida, la demanda y la cantidad demandada, los movimientos de las curvas y los movimientos a lo largo de las curvas. "El poder siempre tiene razón, y no sólo reescribe la historia, sino que también reescribe la Teoría Económica de primero de facultad", se dijo preparándose para lo que se le iba a venir encima.

'Mantener la dignidad'

Y se le vino. La casa de sus sueños vale tres veces más, así como tres veces más le cuesta el alquiler de sus veranos. No tendría más remedio que captar más clientes. Claro que le ofrecieron meterse en operaciones turbias pero muy rentables, en negocios curiosos que bordeaban la delincuencia... Pero él se dijo: "Lo importante es mantener la dignidad". Y se lanzó de lleno al trabajo de siempre.